


Traducción
de Agnès Iranzu

La
vida
en
rosa

VICTORIA CONNELLY

amazon crossing 

La

Traducción
de Agnès Iranzu

vida

en

rosa

VICTORIA CONNELLY

amazoncrossing 

Título original: *The Rose Girls*

Publicado originalmente por Lake Union, Estados Unidos,
2015

Edición en español publicada por:
AmazonCrossing, Amazon Media EU Sàrl
5 rue Plaetis, L-2338, Luxembourg
Julio, 2017

Copyright © Edición original 2015 por Victoria Connelly

Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2017 traducida por Agnès
Iranzu

Imagen de cubierta © FabrikaSimf © Fortyforks/Shutterstock
Diseño de cubierta por PEPE *nymi*, Milano

Primera edición digital: 2017

ISBN: 9781542045414

www.apub.com

Sobre La Autora

La escritora Victoria Connelly ha cultivado diversos géneros. Es autora de la popular colección *Austen Addicts*, sobre fans de Jean Austen, cuyo primer título, *A Weekend with Mr. Darcy*, ha vendido más de cien mil ejemplares. De sus diez novelas románticas publicadas destaca *The Runaway Actress*, nominada para el premio RNA de Comedia Romántica. También ha escrito relatos cortos y de aventuras para niños. Estudió literatura inglesa en la Universidad de Worcester y vive actualmente en el Suffolk rural, con su marido artista y otra gran familia de animales rescatados. Sus experiencias sobre la vida rural han sido volcadas en tres volúmenes autobiográficos: *Escape to Mulberry Cottage*, *A Year at Mulberry Cottage* y *Summer at Mulberry Cottage*. Con ventas superiores al medio millón de ejemplares, sus libros han sido traducidos a numerosos idiomas. Su primera novela, *Flights of Angels*, fue llevada a la gran pantalla en 2008. Se puede seguir a Victoria Connelly en su página web (www.victoriaconnelly.com), así como en Twitter [@VictoriaDarcy](https://twitter.com/VictoriaDarcy) y en [Facebook.com/victoriaconnelly](https://www.facebook.com/victoriaconnelly).

Para Roy, con amor

Índice

Comenzar a leer

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[Un año más tarde](#)

[Agradecimientos](#)

*Algunos se quejan siempre de que las rosas
tengan espinas; yo estoy agradecido porque
las espinas tienen rosas.*

ALPHONSE KARR

1

Para algunos, el inicio del verano está marcado por el canto del primer cuco, o la llegada de la primera golondrina, pero para Celeste Hamilton, el verano empezaba cuando se abría la primera rosa. No era ninguna sorpresa. Se había criado en una familia de cultivadores de rosas, y lo había hecho durante toda su vida. Su primera palabra había sido «rosa», y en su casa la broma habitual era suponer que todos llevaban rosas en la sangre. Solo cuando Celeste marchó para casarse con Liam O'Grady, cambió las rosas por el negocio de reciclaje que llevaba su marido y se lanzó en aquel nuevo proyecto como quien recibe un indulto. «Las rosas son agua pasada», se decía. Pero el pasado tenía su propia manera de volver a atraparla.

«Y ahora vuelvo a casa», pensaba mientras la vieja furgoneta Morris Minor seguía las curvas de los caminos arbolados del valle Stour. Nunca había creído que volvería. Pero tras la muerte de su madre y el fracaso matrimonial, no le quedaba otro remedio. Suspiró considerando las semanas que le esperaban, y solo tuvo la esperanza de que no se transformaran en meses, porque no tenía ninguna intención de quedarse ahí más tiempo; eso no formaba parte de su plan.

«Entrar y salir», se repetía a sí misma, pensando en su infancia en aquella casa... La cabeza llena de recuerdos que preferiría olvidar. «Entrar y salir». No había que alterarse. Era un asunto práctico, puro y duro.

Bajó la ventanilla y el canto de un mirlo invadió el vehículo. Los setos estaban llenos de collejas y de malvas

de pétalos rayados, y Celeste distinguió un ramillete de dedaleras en la sombra de un bosque.

Entrando al pueblo de Leigh Tye, observó los jardines de las casas, tan familiares a su vista, llenos de caracolillos, madre selvas y altramuces. Celeste era consciente de que aquellos aromas y colores no hacían más que anunciar la venida de la brillante sinfonía del verano. En seguida localizó lo que estaba buscando.

Redujo la velocidad en la curva para sonreír en cuanto vio aparecer el jardín de la señora Keating. El amarillo reluciente de la rosa Maigold trepaba por la fachada de la mansión con su cubierta de paja como un centenar de solecitos, ocultando casi por completo una de las diminutas ventanas de la planta baja. Para Celeste, la Maigold de la señora Keating anunciaba el inicio de la temporada de rosas, y cada año la esperaba con ilusión.

Su madre, Penélope Hamilton, había contado a sus tres hijas que la rosa era «la reina del verano». Así se llamaba, efectivamente, una de las especies más famosas. También era aquello que había proporcionado a la familia una buena vida durante muchos años, si bien en aquel momento el negocio no gozaba de buena forma. La precaria salud de la madre durante sus últimos meses de vida había acabado provocando una caída en las ventas, y la vieja mansión, el hogar familiar de tres generaciones, se degradaba con rapidez. Los ingresos también se habían resentido por la recesión, con la gente recortando los pequeños caprichos. Asimismo se había vuelto cada vez más difícil competir con el gran número de nuevos centros de jardinería que brotaban por todas partes y que vendían rosas mucho menos bonitas, menos ricas en perfume y color, pero mucho más asequibles que las de los Hamilton.

Celeste respiró profundamente, pensando en los retos que le esperaban. «¿De verdad era buena idea volver?» Creía haber dejado atrás Little Leigh para siempre, pero

¿qué clase de hermana mayor sería para Gertie y Evie, si no las ayudaba ahora?

—¿Qué vamos a hacer? —decía, dirigiéndose al retrovisor y al reflejo del pequeño fox terrier, sentado en el asiento trasero.

El animalito había estado despierto y alerta todo el viaje. Celeste había salido de su casa de alquiler en la costa norte de Norfolk poco después del mediodía, tras haber conseguido colocar las cajas de libros y las bolsas cargadas con ropa que formaban la totalidad de sus pertenencias, dentro de su diminuto coche, dejando justo el espacio suficiente para el perro en el asiento trasero. También tenía un gran sillón blando, que había comprado con Liam, pero ni queriendo habría podido encajarlo en el Morris, así que lo había dejado. Parecía una locura tener que embalar todas sus cosas y llevárselas a la casa de sus padres, cuando estaba pensando en volver a sacarlas de allí en unas pocas semanas, pero no se podía permitir pagar el alquiler de una casa que no iba a utilizar. Y, por otra parte, según Gertie, para resolver el lío en la mansión necesitarían cada céntimo que cada una de ellas pudiera reunir.

—Llegamos enseguida, Frinton —dijo Celeste mirándolo al verlo sacar el hocico por la ventanilla en la medida en que se lo permitía su cinturón canino.

Hacía dos años Liam le había regalado el perro por su cumpleaños y Celeste lo adoraba. Le había dado el nombre del balneario donde él había pedido su mano y de donde Celeste debería haber salido corriendo. Frinton era una bolita de energía y de alegría que, incluso en sus peores días, conseguía provocarle una sonrisa.

—Eres lo mejor que me ha dejado mi matrimonio, ¿sabes? —le decía al perrito, agradeciéndole su cálida compañía nocturna, al pie de la cama, tras el pasado fracaso de su unión matrimonial de hacía un año. Pero ahora no tocaba pensar en ese tema, se dijo a sí misma. Tenía cosas más urgentes que afrontar.

Seguían el largo muro inclinado de la iglesia cuando, de repente, la carretera se sumergió en el valle y los brillantes campos verdes de inicio del verano se extendieron ante sus ojos. Cruzó el camino hacia una granja y sonrió, recordándose con sus hermanas yendo allí en bicicleta durante las vacaciones estivales para mimar a los lechones y comer panecillos y bollos recién hechos en el horno de la señora Blythe. Comer dulces caseros siempre era una verdadera delicia. Su madre rara vez cocinaba nada que no estuviera preparado y, desde luego, nunca había hecho postres. Su cabeza estaba demasiado llena de rosas para pensar en comida. Ahora tocaba pasar delante de la cerca donde, con trece años, le habían dado su primer beso. Allí la carretera giraba hacia la derecha, con setos que crecían hacia el cielo a un ritmo vertiginoso, después de las últimas lluvias. Todo era tan vistoso... Levantó el pie para girar enseguida a la izquierda por un camino privado, bordeado de falsos castaños que daban sombra tanto en verano como en invierno y que en otoño dejaban el camino tapizado de castañas.

Un antiguo letrero de pizarra rezaba «Little Eleigh Manor» y, junto a él, un horrible rótulo de madera, hecho a mano por Evie hacía muchos años, añadía «Rosas Hamilton». La *Rosa Mundi* adjunta estaba marchita y las letras, borrosas y agrietadas. Celeste pensó que había que cambiarlo cuanto antes.

Alguien había dejado abiertas las verjas de hierro forjado para ella y pudo cruzar el foso y rodear la rosaleda que se extendía delante de la casa, una rosaleda que pronto estaría magnífica con sus Bourbons y Portlands en una docena de tonos de rosa. Su madre la había plantado con algunas de sus especies preferidas como la voluptuosa *Reine Victoria* y la graciosa *Comte de Chambord*. Celeste admiró algunos capullos ya a punto de abrirse y, a pesar de sus celos respecto a su regreso, no pudo evitar sentir ganas de clavar su nariz entre los pétalos sedosos e inhalar profunda-

mente. No había en el mundo olor comparable al de una vieja rosa.

Después de aparcar el Morris al lado de un viejo Volvo que compartían sus hermanas, más cubierto de orín que de pintura, se quedó sentada otro rato, contemplando aquella inmensa casa. Little Eleigh Manor se remontaba al siglo XIV, aunque se habían añadido, a lo largo de décadas, un ala Tudor aquí y otra jacobina allá. Aquel edificio de ladrillo rojo, envejecido y descolorido por el paso de los años, también tenía grandes tramos de construcción con entramado de madera que se inclinaba peligrosamente sobre el foso. Docenas de ventanas de todas las formas y tamaños parpadeaban bajo la luz del sol estival y la gran puerta de madera tachonada daba a la casa el aspecto de una fortaleza.

La faceta más impresionante de la mansión era la casa del guarda, cuyas dos torrecillas de cuatro plantas parecían alcanzar el cielo de Suffolk. Las visitas siempre se mostraban impresionadas por el patio que las saludaba al cruzar, maravilladas todas con la grandeza medieval. Bueno, grandeza medieval antes de que todo empezara a desmoronarse.

Los abuelos de Celeste, Arthur y Esmé Hamilton, compraron la propiedad en los años sesenta en un estado espantoso. Habían hecho todo lo posible para restaurarla y hacerla apta para vivir con su familia, pero, a pesar del éxito del negocio de las rosas, nunca había tanto dinero como para gastarlo en la casa y algunos sectores enteros seguían peligrando.

La madre de Celeste, Penélope, simplemente había hecho la vista gorda.

«Ha estado ahí durante seiscientos años. Dudo que se vaya a desplomarse en lo que me queda de vida», esa era su filosofía y, en consecuencia, puertas habían sido tapiadas y alas enteras abandonadas. Podría haber un ejército entero de fantasmas, viviendo en una parte de la casa antigua, sin que la familia se enterara de su presencia jamás.

Antes de que Celeste se hundiera más por el estado de la mansión, vio a una chica joven, de pelo rubio, cruzando el camino de entrada. Frinton la detectó al instante y rompió a ladrar.

—¡Estás aquí! —exclamó la chica, abrazando a Celeste nada más bajarse del coche—. ¡Sí, estás aquí! ¡Y Frinton también!

—¡Evie! Te has vuelto rubia —dijo Celeste, tocando la aureola dorada de su hermana—. ¡Muy rubia!

—Estaba harta de ser morena —le contestó Evie—. Era tan aburrido. —Al instante advirtió su metedura de pata—. Quiero decir... Que no es aburrido en ti, claro. A ti te favorece ser morena.

Celeste esbozó una sonrisa irónica. Ella sería la primera en reconocer que jamás había arriesgado con su aspecto, ella tendía a la pulcritud y la sencillez. De hecho, pensándolo bien, desde que era adolescente, había llevado el pelo con el mismo estilo, liso hasta los hombros.

Evie abrió la puerta del pasajero para liberar a Frinton de su cinturón. El perro saltó del coche y dio media docena de vueltas alrededor de Evie, antes de empezar a saltar hasta la altura de sus rodillas, buscando su atención.

Justo cuando Evie claudicó y cogió el terrier alocado en sus brazos, Gertrude surgió desde la casa del guarda, con su oscuro pelo largo, tirante en una coleta, y una podadera colgando de su cinturón. Gertie era la hermana mediana y, si no estaba podando rosas, la podías encontrar en un rincón tranquilo, con la nariz metida en un libro, sentada al más puro estilo Jane Eyre en el alféizar de una ventana, deseando que su vida fuera más parecida a un poema de Tennyson o imaginándose viviendo en una casa de campo en las colinas soleadas de la Toscana, en vez de vivir en una húmeda mansión de Suffolk. Tenía la misma estatura y la misma constitución esbelta que Celeste, pero sus rasgos eran más suaves y finos y su expresión era más melancólica, posiblemente porque había guardado intacta su noción ro-

mántica del mundo, sin que esta le hubiera sido arrebatada, como en el caso de Celeste.

Celeste vio a Gertie acercándose, los hombros ligeramente encogidos, tensa e incómoda.

—Hola —dijo Gertie.

—Hola —le contestó Celeste—. ¿Todo bien?

Gertie asintió con la cabeza.

—¿Eso es raro, no?

—Sí —dijo.

—Me temo que todo está hecho un desastre —siguió Gertie—. No he tenido ni un momento para poner un poco de orden, porque la caldera se ha vuelto a averiar y hemos tenido que mover una parte de los libros de la librería, porque esa mancha húmeda ahora tiene el tamaño de Sudbury.

Celeste suspiró.

—Bueno, podrías darme un abrazo antes de entregarme la lista de tareas —dijo mientras abrazaba a Gertie y daba con una pluma de gallina en su pelo.

—Estoy tan contenta de que estés en casa —añadió Gertie—. Te hemos echado de menos. Y ha sido horrible acostumbrarse a la casa sin mamá.

Su cara era pálida y sombría, Celeste fue consciente de que sus dos hermanas todavía estaban de luto por su madre. En realidad, solo habían pasado unas semanas desde que murió.

—Yo también os he echado de menos —dijo Celeste, deseando poder sentir algo, cualquier cosa que pudiera acercarse a la normalidad, cuando se trataba de su madre.

—¿Te podemos ayudar con tus cosas? —preguntó Evie, y Celeste asintió.

—¿Las quieres en tu antigua habitación? —dijo Gertie.

—¿Dónde, si no? —preguntó Celeste.

—Bueno, pensábamos que te podría gustar la habitación de mamá. Tiene una vista mucho más bonita que la tu-